

M. SALAZAR



Memorias de Nâgar I  
Escamas de Sangre

narrativa









## Melinda

### *La despedida. Año 205*

Aquella no era una de esas noches ordinarias de las que se acostumbraban a vivir en la pequeña aldea de Peñanegra; era todo lo contrario. Era una noche extraordinariamente diferente; parecía como si un manto de desolación hubiera caído sobre la vieja aldea, envolviendo cada luz de vela que hubiera podido ser encendida.

El viento corría por cada callejuela, provocando un silbido atemorizante que se suicidaba al borde del risco sobre el que se establecía el poblado. La espesa niebla de la noche cubría toda la vista alrededor; parecía que en Peñanegra ya no vivía nadie. Solo una persona, una, en la pequeña cabaña que se recostaba al borde del acantilado del pequeño poblado.

Aquella cabaña, de la que colgaba el número ocho sobre su puerta, era de piedra oscura y ventanas pequeñas; como la mayoría de las casas, se camuflaba con el oscuro terreno que predominaba en aquel lugar marcado por el acantilado. Tras las ventanas, escapaba el resplandor del fuego de la chimenea que luchaba por seguir encendido en la fría y oscura noche. Mientras tanto, la sombra de

una esbelta mujer bailaba en los muros de la casa, al son de la luz que emitía la vela. Aquella mujer reposaba frente a la chimenea encendida, inerte, con la mirada perdida, sin esperanza.

La mujer que habitaba el número ocho de Peñanegra, no era sino Melinda. La última chispa de esperanza contra la opresión del reino. En esa noche, la cara que alguna vez había desbordado alegría y compasión, se volvió el retrato de la crónica de un final anunciado. Era la cara de la derrota.

Melinda se enfrentaba a una batalla en su cabeza y su corazón; muy pronto, frente a aquella cabaña se posaría un carruaje al que debía decidir si subir. La decisión de montar le costaría un pedazo de su alma; pero si se quedaba frente a esa chimenea solo lograría consumirse en vida. Tras la pausa de su lágrima y el mordisco de su propio labio, se escuchó la advertencia que lanzó un artefacto sobre la chimenea, un reloj que descansaba frente a ella, anunciando que el tiempo de Melinda se seguía consumiendo, y no terminaba de definir la situación a la que se enfrentaría por el resto de la eternidad.

Ese escalofrío, que corría desde la parte más sucia de su espina dorsal hasta el principio de su mortificado pensamiento, se puso en alerta cuando el frío viento de esa noche se colaba por su ventana, y traía consigo olor a muerte; no podían ser más que los caballos negros y fuertes de aquel viejo carruaje que venía a por ella. En la

entrada de Peñanegra, se podía observar la estela de tierra y polvo que arrastraba el trote frenético de los corceles. Eran dos yeguas sin duda *erûdianas*; se notaba en la complexión maciza de sus músculos, así como en la altura y la crin voluminosa que caía por sus nucas.

El carruaje que arrastraban aquellas dos majestuosas criaturas tenía un delicado diseño, cuidadosamente labrado en metal, con figuras que en la noche eran difíciles de divisar.

El estruendo de la fuerza de las bestias entrando en el pueblo y el sonido metálico sin freno que emitía el carruaje fueron la señal del punto de quiebre en el corazón de Melinda. El golpe seco que emitió al detenerse frente a su casa hizo que perdiera el control de su cuerpo mientras caía de rodillas frente a la chimenea. Tras una pausa y una lágrima, Melinda posó su mano sobre el fuego ardiente, y aun así ninguna sensación de dolor llegó a su cuerpo. Aquello le demostró que lo que estaba por venir no tenía comparación al sufrimiento que podía sentir.

En la entrada de la cabaña se observaba la perfecta figura de una mujer envuelta en un delicado vestido hecho jirones que caían al suelo y entrelazaban su cuerpo, como si un espíritu la abrazara.

Ya no había escapatoria: el carruaje estaba frente a su puerta. Esa noche permanecería eterna en la mente de Melinda: la noche en que ya no podría escapar a su destino.

Sin dudarle, Melinda se subió al carruaje y tomó el recorrido más largo de su vida a través del bosque Rosagris. Este recorrido fue como una vuelta entera del reloj sobre la chimenea. Un reloj que no solo contaba el tiempo con su amarga y ya envejecida madera. Dentro del cristal, se podían ver unas perfectas manecillas que parecían haber sido meticulosamente talladas en forma de espigas. El contraste del exterior del reloj marcado por el tiempo era radicalmente opuesto a lo que se observaba en su interior, perfectamente conservado, con sus símbolos y manecillas impecables, tanto que parecía una ilusión.

El recorrido en aquel carruaje no traía únicamente desesperación a Melinda, sino también recuerdos; recuerdos de los que había escapado, pero que en su momento final se habían vuelto su verdugo. ¿Moriría esa noche Melinda, y con ella sus recuerdos? Parecía que las emociones nublaban tanto su mente que sus habilidades eran solo un artefacto viejo que resonaba, pero que no funcionaba. El futuro era su mejor amigo de Melinda; mientras que el pasado no era precisamente un aliado.

El bosque que atravesaba, el bosque de Rosagris, era un bosque característico y bien conocido en el reino. Fue el escenario de la ejecución y el desvanecimiento de muchas vidas, y con ellas sus conocimientos; gran parte de la herencia mágica del reino había desaparecido allí. Las flores que crecían en aquel bosque eran de un color



cenizo; cada flor parecía el resultado del paso de varios milenios, que habían quedado atrapados en ellas; parecían tan frágiles y marchitas que daba miedo tocarlas y verlas desvanecerse al tacto.

Melinda estaba ensimismada durante el recorrido, que parecía el funeral de un sentimiento. El brusco e inesperado frenazo que provocaron las yeguas le hizo salir del estado de letargo en que se encontraba. Su cuerpo se puso a la defensiva, protector; en la oscuridad de la noche trató de mirar qué había provocado que los corceles se detuvieran de esa forma. En medio del ciego escenario pudo divisar frente al carruaje la estampa de un hombre cubierto por una larga capa gris. Si no hubiera sido por su corpulenta figura, en aquella oscura noche hubiera sido imposible distinguir de quién se trataba.

Esa noche, el bosque de Rosagris estaba sumergido en la oscuridad de la vasta y espesa arboleda sobre la que se contaban tantas historias; solo se veían figuras colgadas de los árboles entre sombras que abrazaban y se estremecían con el viento.

El carruaje en el que viajaba Melinda, aparte de proyectar una majestuosa imagen, también proyectaba una extraña bruma, que recorría el suelo y se entrelazaba en las patas de las yeguas negras, lo que hacía casi imposible distinguir si el carruaje iba solo o empujado por el viento. La bruma se extendió rápidamente con el ritmo

de la mirada de Melinda hasta la figura de aquel extraño hombre que le impedía continuar.

Una extraña descarga golpeó al hombre frente al carruaje haciéndolo caer al suelo de rodillas tras el doloroso impacto invisible en su cuerpo. Su caída le permitió entrever con más claridad al ser que estaba frente a ella, ya que la capa que cubría su cara cayó junto a él. Era un hombre de aproximadamente un metro noventa, se lograba distinguir un rostro de facciones fuertes, el iris de sus ojos era dorado, como si estuviesen encendidos en fuego, tenía dientes con un pequeño grado de separación y un rebelde cabello de color rojizo. La piel de aquel hombre gozaba de una tonalidad morena clara. Su mirada parecía la de una pantera al acecho de su presa, la cual espera solo un movimiento en falso para atacar y acertar un golpe fulminante y robar la vida de su víctima.

Al ver el rostro del hombre, no hubo tiempo de pensar ni mucho menos reflexionar sobre las consecuencias de las próximas acciones. Como un rayo, Melinda salió a una velocidad impresionante del carruaje y se arrodilló sosteniendo la cara del hombre. Sobre su rostro corrían dos gruesas lágrimas como diamantes que brillaban en aquel escenario tan sombrío.

—Mathías, ¿a qué has venido? No hagas esto más difícil de lo que ya es —le dijo ella, con el rostro lleno de lágrimas, mientras colocaba su mano en los labios de él.